

ECONOKAFKA

Sergio Negrete Cárdenas

Opine usted:
snegrcar@lteso.mx

@econokafka



No habrá un colapso abrupto como en 1976, 1982 o 1994. Pero, como entonces, será una crisis causada por las desastrosas decisiones del gobierno, no importada del exterior. Decisiones que están demoliendo, un día sí y otro también, la confianza de inversionistas y consumidores. No es un derrumbe, sino acumula-

¿Cuándo estallará la crisis?

ción de caídas; salidas de capital que no son un torrente, pero sí goteo constante. Y no solo es el dinero que sale, sino el que ya no entra. Pocos están dispuestos a arriesgarse ante un gobierno rijo que acusa a los inversionistas de abusivos y no duda en romper contratos con singular alegría, se trate de un aeropuerto o un gasoducto.

El déficit que presenta la cuenta corriente de la balanza de pagos, el talón de Aquiles de la economía en las últimas décadas del siglo XX, hoy está en niveles moderados, como ha sido por más de 20 años. Igual el déficit de las finanzas públicas. Nunca se había visto renunciar a un Secretario de Hacienda y alegar que el Presidente es demasiado conservador en materia presupuestal. El problema no es un déficit excesivo, sino un gasto recortado con machete al tiempo que lo “ahorrado” se canaliza sin control a esquemas clientelares disfrazados de programas sociales y elefantes blancos cuya rentabilidad será negativa (Pemex siendo un paquidermo albino gigantesco).

Un flanco débil que casi con certeza causará un gravísimo problema será la deuda externa. La de Pemex es incompatible con el sueño guajiro de aumentar producción y refinación. El mal llamado “plan de negocios” es una garantía de que la calificación de esa deuda por parte de Moody’s se unirá relativamente pronto a la de Fitch en el grado basura, desatando una oleada de venta de bonos, y dañando la deuda del Gobierno Federal.

Los nubarrones en ese frente ya se acumulan: la deuda externa de corto plazo del sector público era 3.9 por ciento del total en mayo, el nivel más alto desde octubre 2008, indicador que en noviembre estaba en apenas 1.7 por ciento. Ahí sí hay un talón de Aquiles, una crisis de deuda externa, con todo el potencial de golpear (mucho más) la confianza de prestamistas e inversionistas.

La depreciación del peso será a trompicones, con fuerte volatilidad que agregará a la incertidumbre. El Banco de México no tendrá más remedio que mantener altas tasas de interés, que a

su vez frenarán (más) la inversión y crecimiento.

Por ello la crisis se manifestará, no en un desplome productivo, sino un estancamiento que durará años. No hay circunstancias externas que puedan compensar el desastre interno, aunque Estados Unidos se mantenga potente. El Fondo Monetario Internacional anunció hace unos días que espera que su economía crezca 2.6 por ciento, un aumento de tres décimas con respecto al pronóstico anterior; para México en cambio, lo redujo de 1.6 a 0.9 por ciento. Por primera vez en 23 años, el eslabón de crecimiento entre ambas economías está roto.

Serán años de crecimiento bajo o recesiones mientras el gobierno sigue con acciones destructivas tanto de la productividad como de instituciones. Eso sí, los culpables ya pueden apuntarse: los malos mexicanos que sacan su dinero del país, los inversionistas extranjeros que han escapado de un gobierno que no está dispuesto a ceder a sus chantajes y los organismos internacionales que promovieron el nefasto modelo neoliberal.

En ese sentido, la crisis caracterizada por un crecimiento extremadamente bajo causado por una destructiva política pública ya empezó.